

AGRICULTURA FENICIO-PÚNICA: ALGUNOS PROBLEMAS Y UN CASO DE ESTUDIO

Carlos Gómez Bellard*

RESUMEN.- La presente contribución pretende ser un breve acercamiento a los principales problemas que atañen a los estudios del mundo rural fenicio-púnico. Tras un repaso de la bibliografía clásica sobre la cuestión, se aborda el interés de las investigaciones recientes o en curso, y se presentan los primeros resultados de los trabajos llevados a cabo en el S.O. de la isla de Ibiza entre 1986 y 1995.

ABSTRACT.- The aim of this short contribution is to show the main problems concerning rural studies on the Phoenician and Punic civilization. A review of the classical bibliography on that subject is followed by short notices on recent research and by a first presentation of the work carried out in the island of Ibiza between 1986 and 1995.

PALABRAS CLAVE: Fenicio, Púnico, Agricultura, Ibiza.

KEY WORDS: Phoenician, Punic, Agriculture, Ibiza.

¿O era más bien la evidencia de una fuerte vitalidad humana, la curiosidad de quien quiere verlo todo, saberlo todo, estar en el centro de todo, que cuando es refinada y se hace eruditamente es la prerrogativa del historiador y del arqueólogo?

Ruth Rendell 1973: *Some Lie and Some Die*.

1. INTRODUCCIÓN

Raros son los investigadores del mundo fenicio-púnico que no han hecho referencia, en una u otra medida, a la agricultura. Ello se debe sin duda a que detrás del tópico que hace de fenicios y púnicos grandes mercaderes y comerciantes, las fuentes escritas más diversas subrayan la importancia que la explotación de los espacios rurales tuvo en su economía, como por otra parte sucede en la mayoría de las culturas protohistóricas mediterráneas. Desde la preocupación de Hiram I de Tiro por asegurarse el abastecimiento de cereales y aceite, de los que su reino era deficitario (1 Re. 5:25) hasta los consejos del agrónomo Columela, se extiende un largo período de más de mil años, a lo largo de los cuales diferentes sociedades en áreas geográficas diversas se estructu-

ran fundamentalmente a través del aprovechamiento agrícola: Cartago, Cerdeña, Ibiza púnicos son inconcebibles sin ello. M.^a E. Aubet escribe incluso, a propósito de las factorías fenicias andaluzas: “La verdadera riqueza de la costa de Málaga y Granada radica en la agricultura practicada en sus vegas fluviales, unas tierras muy fértiles y aptas para regadío y secano” (Aubet 1994: 270). Y de hecho podemos encontrar referencias semejantes a lo largo de la bibliografía, específica o no, que hacen más palpable todavía la diferencia entre la importancia que se le atribuye al factor agrícola en el mundo que tratamos y lo que realmente sabemos de él. Pero es innegable, desde luego, que existe un notable vacío en la investigación sobre el tema, y quizás la mejor prueba de ello es que todavía hoy el estudio más completo sobre la agricultura púnica es el capítulo que S. Gsell le dedicó en su monumental historia del Norte de África, en los años veinte (Gsell 1920-28, IV: 1-52). Este trabajo, como otros de menor alcance que le han seguido, ilustra perfectamente el problema esencial que afecta a la cuestión: se basan principalmente en referencias puntuales de los autores clásicos, obligados como están a espigar entre las fuentes, y sin poder recurrir prácticamente a otro tipo de datos, a informaciones

* Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Valencia. C/Blasco Ibáñez, 28. 46010 Valencia.

que la Arqueología de las últimas décadas ha ido proporcionando para otras culturas, coetáneas o no: la palinología, la antracología, la zooarqueología, la geomorfología y una variada gama de especialidades permiten hoy hacerse una idea más clara del mundo agrario etrusco, griego y, no digamos, romano. Si se nos apura, habría que convenir en que sabemos más de la agricultura, de los paisajes neolíticos de diferentes regiones del mundo, que de los campos fenicio-púnicos. Por esta razón queremos presentar aquí una serie de reflexiones sobre esos magros conocimientos, que de ninguna manera pretenden solventar los problemas y llenar los vacíos existentes, sino destacar el estado en que se encuentra la investigación y subrayar la necesidad de un cambio de orientación de la misma. Deseamos que estas líneas sean un homenaje a nuestro llorado amigo Manuel Fernández-Miranda, cuyo interés por la cultura fenicia es de todos conocido, y le ocupó muy especialmente en sus últimos años.

2. LOS ANTECEDENTES

Evidentemente, la cuestión que queremos abordar tiene dos vertientes bien diferenciadas, tanto en el aspecto cronológico como en el geográfico. Por una parte debemos distinguir lo fenicio de lo púnico, siguiendo para el Mediterráneo Occidental una división, si no unánimemente, sí al menos aceptada en general. Por otra parte, es evidente que no existe una agricultura única que se pueda definir con esas etiquetas, y que el Líbano, Túnez, Cerdeña o la Península Ibérica presentan facetas, documentación y problemas bien distintos, y no sólo por el nivel que alcanza la investigación en cada una de estas zonas. Iremos por ello de lo general a lo particular, y bien podemos empezar por un mínimo repaso de las principales obras de síntesis que se han ocupado, en mayor o menor grado, de la agricultura fenicio-púnica. A este respecto podemos analizar tres capítulos de sendas obras generales, que reúnen características semejantes a pesar del amplio espacio cronológico que las separa. Nos referimos a las páginas de S. Gsell (1920: 1-52), S. Moscati (1972: 66-87) y M. Fantar (1993: 260-287) consagradas específicamente a la cuestión agrícola.

En su monumental *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*, Gsell dedica el primer capítulo de su tomo IV a dar una visión de lo que a través de las fuentes escritas, básicamente latinas, y algunos elementos materiales (estelas, monedas,...) se podía entrever en su época de la agricultura de Cartago. A pesar del tiempo transcurrido y de la limitación geo-

gráfica, este estudio sigue siendo fundamental para cualquier acercamiento al tema. Y sin embargo, esas mismas páginas y las que han seguido son indicativas del problema más grave que subyace: la inexistencia de fuentes directas obliga a recurrir a los testimonios de los diferentes autores latinos que, aunque sea indirectamente, permiten ir espigando aquí y allá retazos de información. La imagen que se forma así, a través de Catón, Plinio, Columela, y otros es no sólo sesgada, sino que se refiere a cuestiones muy puntuales que no permiten hacerse una idea de conjunto. Sabemos así algo de los cereales, la vid, el olivo, la irrigación y lo fértiles que eran las tierras que Agatocles y sus tropas cruzaron en el 310 a.C. La información, en suma, resulta deslavazada, y a pesar de la cantidad de datos dispersos acumulados, cuesta hacerse una idea general y todavía más tener una visión diacrónica de lo que pudo ser la evolución del mundo rural púnico.

El capítulo de S. Moscati en su *I Fenici e Cartagine* es claramente deudor del historiador francés y, salvo la incorporación de algún dato sobre Fenicia, extraído básicamente de la Biblia, sigue fundamentalmente como guión los fragmentos de la obra del cartaginés Magón que nos han llegado a través de los escritores latinos. Más rico y novedoso es el tratamiento, aunque sea iconográfico, de aquellos elementos materiales que permiten visualizar productos o utensilios relacionados con la agricultura y la ganadería. A este respecto cabe mencionar que la sistematización de este tipo de documentos está por hacer, y que estelas, escarabeos, monedas, terracotas, entre otros, encierran un potencial informativo que merecería un estudio exhaustivo, incluso por áreas geográficas. Digamos finalmente que Moscati, al igual que Gsell, se interesa por la propiedad y la mano de obra, quejándose de la parquedad de las fuentes sobre la cuestión. De nuevo se hace sentir aquí la limitación de los datos epigráficos y, aunque al igual que para la historia de otras instituciones fenicio-púnicas se haya avanzado algo, siguen siendo de obligada referencia dos cortos pero sustanciosos estudios de Bondí (1972) y Debergh (1983) redactados hace una veintena de años.

En el capítulo más reciente de los aquí considerados, se puede apreciar también la deuda con el esquema de Gsell. Fantar incorpora a su visión algunos datos arqueológicos originados por las excavaciones de los últimos años, así como otros estudios que el extraordinario conocimiento de su país le permite, pero en general estructura su propuesta a partir de las fuentes escritas, y una vez más aparece la figura del agrónomo Magón como eje o hilo conductor de buena parte de la exposición.

En resumen, y por no alargar más este apartado, debemos reconocer que los arqueólogos que han abordado el tema que nos ocupa no han podido sustraerse a la tentación que supone disponer de algunas indicaciones textuales, si bien de época tardía e incluso claramente posterior al período fenicio-púnico, y las han intentado reforzar con una documentación arqueológica dispersa y no excesivamente elaborada. Si bien nos hemos limitado a tres autores emblemáticos, nuestro breve análisis hubiese servido igualmente para las páginas de G. y C. Charles Picard (1982: 81-96) o las más recientes de S. Lancel (1992: 290-308), por referirnos sólo a dos de los trabajos de mayor difusión e interés sobre Cartago.

Al hilo de esta reflexión, debemos volver siquiera brevemente a un personaje al que ya hemos aludido y que aparece constantemente en los estudios que acabamos de comentar. Se trata del agrónomo cartaginés Magón, cuya obra, traducida por orden del Senado de Roma tras la destrucción de Cartago en el 146 a.C., nos ha llegado en forma de breves referencias textuales en diferentes autores latinos, básicamente Varrón, Columela y Plinio, además de las muy tardías de las Geopónicas y el tratado del árabe Ibn al-Awam. El hecho de que lo que constituye prácticamente el único texto púnico que nos ha llegado, aunque indirectamente, sea un tratado de agricultura, ha servido para dar mayor peso a esos extractos, analizados, comentados, diseccionados de todas las maneras posibles. Los excelentes estudios de R. Martin (1971) y J. Heurgon (1976) nos eximen de entrar en el detalle, pero sí queremos subrayar que la valoración de los escritos magonianos se ha convertido con el tiempo más en una contrastación de su validez para áreas diferentes de la cartaginesa o de su adopción por los diferentes agrónomos latinos que en una aportación básica para conocer la agricultura púnica norteafricana en época tardía (y aún la cronología de este Magón sigue siendo objeto de discusión). Por eso estamos enteramente de acuerdo con el reciente estudio de O. Devillers y V. Krings (1995) en el que se muestran muy críticos con la importancia real de Magón para la agricultura romana, y propugnan nuevos estudios para redimensionar su figura y devolverle al mundo púnico que le es más propio.

No podemos cerrar este apartado inicial sin mencionar un excelente trabajo de S. M. Cecchini (1987), quién retomando el conocido llamamiento de Isserlin (1983) subraya como las fuentes escritas parecen estar ya agotadas y suficientemente leídas y releídas, y aboga por la aplicación en Cartago y sus colonias de nuevas técnicas de trabajo, como la paleoetnobotánica o, más simplemente, la realización de prospecciones metódicas en áreas rurales. Diez

años después, creemos que vale la pena ver como se ha contestado a esos problemas, desde el punto de vista sobre todo del trabajo de campo, y por ello nos proponemos hacer un repaso geográfico de las cuestiones suscitadas. Debemos señalar de antemano que nos vamos a restringir al ámbito del Mediterráneo central y occidental, dejando Oriente de lado. En efecto, dado el estado de la investigación en el Líbano, ahora mismo serían pocos los datos que podríamos incorporar, rastreando entre las publicaciones de Sarepta o de algunos yacimientos de Israel, como Tell Keisan. Para la región, en un sentido culturalmente más amplio, existen excelentes trabajos de síntesis, destacando el de Hopkins (1985) sobre las tierras altas de Canaán (Neguev, Judea, Samaria) y su agricultura en la Edad del Hierro. El uso conjunto de la información escrita (y no sólo de la Biblia) y de los datos arqueológicos, unidos a un excelente conocimiento del terreno, permiten considerar esta obra como un buen modelo a seguir en otras regiones. Se va disponiendo además de datos a través de excavaciones puntuales y sobre todo de prospecciones, como el interesante trabajo de Simon y Edelstein (1985) sobre las colinas cercanas a Jerusalém. Pero con todo lo enriquecedores que resultan estos estudios, no se pueden trasladar sin más al mundo que nos interesa, el fenicio, y por ello volvemos al extremo Occidente (fig. 1).

3. LAS ÁREAS DE INVESTIGACIÓN

La intensidad de las investigaciones llevadas a cabo en España en los últimos treinta años ha quedado reflejada en una cuantiosa bibliografía que sin embargo sólo en escasa medida es útil para nuestro

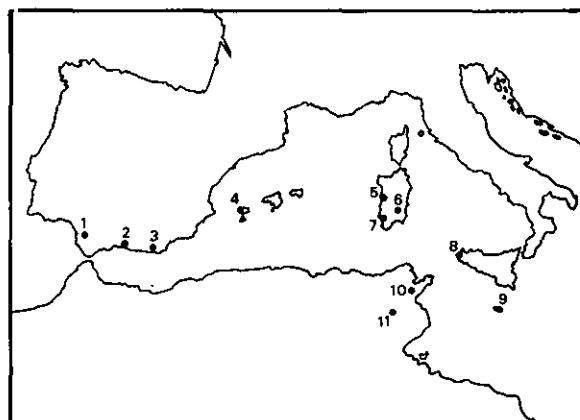


Fig. 1.- Mapa del Mediterráneo Occidental, con indicación de los principales yacimientos o áreas mencionados. 1. Cerro Naranja (Jerez). 2. Cerro del Villar (Málaga). 3. Ciavieja (El Ejido, Almería). 4. Ibiza. 5. Tharros. 6. Santu Teru-Monte Luna. 7. Monte Sirai. 8. Lilibeo. 9. Malta. 10. Segermes. 11. Kasserine.

propósito. Las excavaciones de Toscanos y el Morro de Mezquitilla (Málaga), por su extensión y amplia publicación, fueron las primeras en proporcionar datos sobre aspectos no puramente arquitectónicos o de cultura material, permitiendo un acercamiento a la fauna y en especial a los recursos ganaderos. Pero ha habido que esperar al estudio reciente sobre el Castillo de Doña Blanca (Roselló y Morales 1994) para disponer de un conjunto de datos más diversificados, si bien es cierto que centrados especialmente en los recursos animales, no en los agrícolas, de un único yacimiento. La publicación puntual de aspectos concretos (malacología,...) *per se* no suple un estudio amplio y contrastado, como los propios autores subrayan, pero se trata de un primer jalón de notable consistencia.

Es sin duda el Cerro del Villar (Málaga) el lugar para el que se han planteado con mayor profundidad las cuestiones de la explotación agrícola. El proyecto que allí se ha desarrollado desde fines de los 80 ha tenido en consideración desde sus inicios la necesidad de un acercamiento lo más completo posible al "hinterland" de la factoría, con el objeto no sólo de valorar las relaciones con el mundo tartésico, sino también de comprender la intensidad de la actividad fenicia en el ámbito rural inmediato a un establecimiento colonial considerado como arquetípico (Aubert 1993).

Saltando de la Península Ibérica a Cerdeña, pues Ibiza es el tema de la última parte de este trabajo, conviene señalar que en la isla los estudios se han ocupado en especial de los grandes centros como Sulcis, Tharros o Nora, que ofrecían amplias posibilidades por sus estructuras urbanísticas o funerarias (necrópolis y tofet). Sin embargo ya a raíz de las excavaciones de Monte Sirai, se puso en marcha un proyecto a través del cual se documentó el poblamiento disperso de esa región del S.O. sardo (Barreca 1966). Ese estudio no tuvo continuidad, a nuestro conocimiento, aunque dejaba entrever una cierta intensidad en la presencia púnica hacia el interior sulcitano y el Ilesiente. Constituye ciertamente un excelente punto de partida para una prospección más sistemática.

Otro ejemplo de esa penetración en ámbito rural es el yacimiento de Santu Teru-Monte Luna (Senorbi), en el centro-sur de la isla, al norte de Cagliari. De él se conoce una necrópolis de hipogeos de cierta importancia, pero el asentamiento en sí sigue sin ser excavado, al igual que otros más pequeños de la misma zona. En este caso se trata probablemente de una aglomeración rural de cierta extensión, ubicada en una meseta no muy elevada, sobre una vía de comunicación que controla además un vado sobre el río Craddaxius (Costa 1980, 1983).

Los últimos años han visto desarrollarse algunos programas de prospección, sobre todo en la región de Tharros, que empiezan ahora a publicarse, al menos en forma de avances. El proyecto Maryland-Wesleyan Survey (Dyson y Rowland 1991) así como los trabajos del propio Rowland (1982, 1992) han aportado ciertos datos sobre el posible funcionamiento de la presencia púnica en el norte de Arborea. Orientados hacia el estudio de la romanización de esta región del centro oeste de Cerdeña, estos trabajos indican la inexistencia de una estructura rural romana en esa zona (ausencia de *villae* u otras construcciones), pero señalan la presencia de materiales diversos de tipo púnico y romano en los poblados nurágicos. Aunque existe un claro problema en la correcta identificación de los materiales púnicos (Rowland *in litt.*, 13-XII-1993), también es evidente aquí la ausencia de estructuras púnicas, lo que permite hipotetizar, creemos, sobre una forma de explotación agrícola en la que el papel de los indígenas era fundamental, y en el que los excedentes fueron orientados hacia los grandes centros como la propia Tharros. Hasta donde llegaba, si existía, el control ejercido por los púnicos en este proceso es algo que no podemos valorar todavía.

El proyecto de investigación que resulta sin duda más sugestivo es el que tan minuciosamente llevan varios años realizando G. Tore y A. Stiglitz, y que se va publicando paulatinamente (1987a, 1987b, 1994). Centrado inicialmente en el Sinis y ampliado luego a todo el golfo de Oristano, ha pretendido ir más allá del tópico de un paisaje fenicio centrado en ciudades ubicadas en promontorios o desembocaduras de ríos, ya que la documentación arqueológica permite "...una visione distintiva dell realtà rurale fenicio-punica rispetto, ad esempio, a quella romana" (Tore y Stiglitz 1994: 783). A través de la valoración de los recursos potenciales y de los indicadores arqueológicos (necrópolis, fortalezas, elementos religiosos, monedas, cerámicas), se dibuja la realidad de un territorio intensamente aprovechado por las cuatro ciudades de la zona (Cornus, Tharros, Othoca, Neapolis). Partiendo de estos datos se podrá profundizar en las formas de esa explotación, y sin duda concretar el detalle del aprovechamiento agrícola y ganadero.

Las otras islas del Mediterráneo central no han sido todavía objeto de investigaciones del tipo que aquí nos interesa. Sicilia ha visto concentrarse los estudios en los centros urbanos (Moscato 1986: 19-135), en especial Mozia, debido en parte a la idea de que la presencia fenicia tuvo allí un componente estratégico, y que incluso después Cartago se preocupó más de asegurar unos enclaves permanentes que

de ocupar y explotar un territorio, al contrario que en Cerdeña (Bondi 1983: 84). A pesar de ello, es probable que la zona más occidental, incluyendo Lilibeo, pueda algún día ofrecernos datos, pero hoy por hoy la isla que será uno de los grandes proveedores de Roma en cereales sigue siendo una página casi en blanco en el aspecto que tratamos, y las síntesis más recientes así lo reflejan (Falsone 1995).

Malta por su parte es una zona aún por estudiar también, aunque allí las posibilidades parecen mayores. Los estudios puntuales dedicados a los yacimientos rurales romanos muestran una notable actividad agrícola, centrada en la explotación del aceite (Bonnano 1977a, 1977b), y sugieren como en el caso de Ibiza unos antecedentes de época púnica que están por valorar. Una revisión reciente de las numerosas agrupaciones de tumbas halladas en ámbito rural desde principio de siglo indica también una fuerte implantación que podría relacionarse con la distribución de esos asentamientos agrícolas (Vidal 1995).

El extraordinario desarrollo de la arqueología en Túnez, sobre todo desde los años 70, ha proporcionado una ingente documentación que poco a poco se va elaborando y asimilando. Centrada básicamente sobre Cartago, a través de las campañas auspiciadas por la UNESCO y su desarrollo posterior (puede verse un excelente balance en Lancel 1992), esta actividad se ha ocupado también de otros ámbitos extra-urbanos que nos interesan. Así por ejemplo los trabajos de N. Ferchiou sobre las estructuras funerarias y defensivas pre-romanas permiten un acercamiento a la intensa explotación del paisaje del interior tunecino, y las prospecciones de B. Hitchner en la región de Kassérine, centradas en la época romana, sugieren igualmente una lectura de la región en clave algo más antigua (Ferchiou 1987, 1994; Hitchner 1988). Sin ánimo de ser exhaustivos, merece subrayarse los primeros resultados del proyecto desarrollado en la zona de Segermes, a unos 60 km al sur de Cartago. Fue concebido como un estudio integral del paisaje de manera diacrónica, aunque especialmente atento a la época romana. Los trabajos de campo han documentado la existencia de una densa red de granjas oleícolas, aparentemente autónomas y con su correspondiente necrópolis, que los investigadores no dudan en adscribir a la época tardo-púnica, tal vez después de la 2ª Guerra Púnica, al menos en su diseño arquitectónico inicial e incluso por el patrón de asentamiento (Ørsted-Ladjimi 1992: 81-96). A la espera de una publicación más extensa, los resultados conocidos nos sugieren, como en el caso ebusitano que veremos más adelante, que las condiciones óptimas de unos espacios agrícolas reducidos se repiten en el tiempo en las diferentes sociedades

pre-industriales.

Y cerramos el círculo de este recorrido volviendo a la Península Ibérica, donde para la época más avanzada, púnica, contamos ya con algunos indicios esperanzadores. Se trata de dos asentamientos rurales, el Cerro Naranja (Jerez, Cádiz) y Ciavieja (El Ejido, Almería), sólo parcialmente excavados pero que han proporcionado datos suficientes como para sugerir que se trata de centros relacionables con la explotación agrícola del territorio de dos ciudades púnicas, el Castillo de Doña Blanca y Abdera, respectivamente. El primero de ellos es probablemente una granja oleícola con cerca de 1300 m², constituida por varias dependencias de planta rectangular articuladas en torno a un patio cuadrangular empedrado de 400 m² (González Rodríguez 1985). El otro es un pequeño poblado de nueva planta creado a mediados del s. V a.C., en la llanura litoral almeriense, sin defensas y con clara vocación agrícola, que se ha relacionado con el asentamiento de colonos libio-fenicios (Carrilero y López Castro 1994). Sin entrar en la discusión de este último aspecto, sí cabe resaltar que a pesar de ser sólo dos yacimientos muy parcialmente documentados, y en regiones relativamente alejadas entre sí, constituyen una clara demostración de las posibilidades que trabajos de campo rigurosos pueden ofrecer para el conocimiento del paisaje proto-histórico del sur peninsular. Es probablemente Andalucía la zona donde, a pesar de un proceso de romanización intenso, se pueda en un futuro detectar y estudiar mejor la implantación rural. No es ésta, desde luego, una investigación sencilla, e incluso en regiones aparentemente muy punicizadas, como Túnez, se ha comprobado que las dificultades son notables. Podremos apreciarlo con más detalle al exponer los trabajos realizados en la isla de Ibiza en los últimos años.

4. UN PAISAJE RURAL PÚNICO Y ROMANO: ES CUBELLS/CALA D'HORT (IBIZA)

En lógica concordancia con las líneas de investigación que hemos comentado, nos propusimos a inicios de los 80 plantear en Ibiza un proyecto que nos permitiese acercarnos al conocimiento del mundo agrícola púnico. Partíamos de una serie de elementos sobre los que apoyarnos: por un lado las excavaciones antiguas que habían dado a conocer la existencia de numerosas necrópolis rurales; por otra parte, se había iniciado en 1981 la excavación de un hábitat rural al S.O. de la isla, Can Sorà (Ramón 1984). De manera discontinua, hemos venido traba-

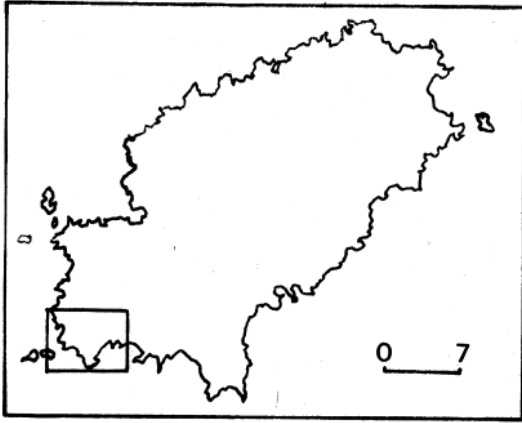


Fig. 2.- Plano de Ibiza, con indicación del área Es Cubells-Cala d'Hort.

jando desde 1983 en el área de Es Cubells-Cala d'Hort (fig. 2), con diversos avatares y resultados que hemos expuesto en detalle en un trabajo reciente (Gómez Bellard, e.p.) y que aquí sólo sintetizamos.

En la zona elegida, de unos 16 km², el paisaje está formado por suaves plataformas que bajan desde las colinas hasta el mar, donde acaban normalmente en fuertes acantilados, salvo en alguna cala que se abre en la desembocadura de un torrente (Cala Carbó, Cala d'Hort) (Lám. I). A través de las excavaciones y de las prospecciones, junto con un amplio estudio geomorfológico, hemos podido aprehender un patrón de asentamiento y valorar su evolución desde el s. V a.C. hasta el fin de la Antigüedad, a lo

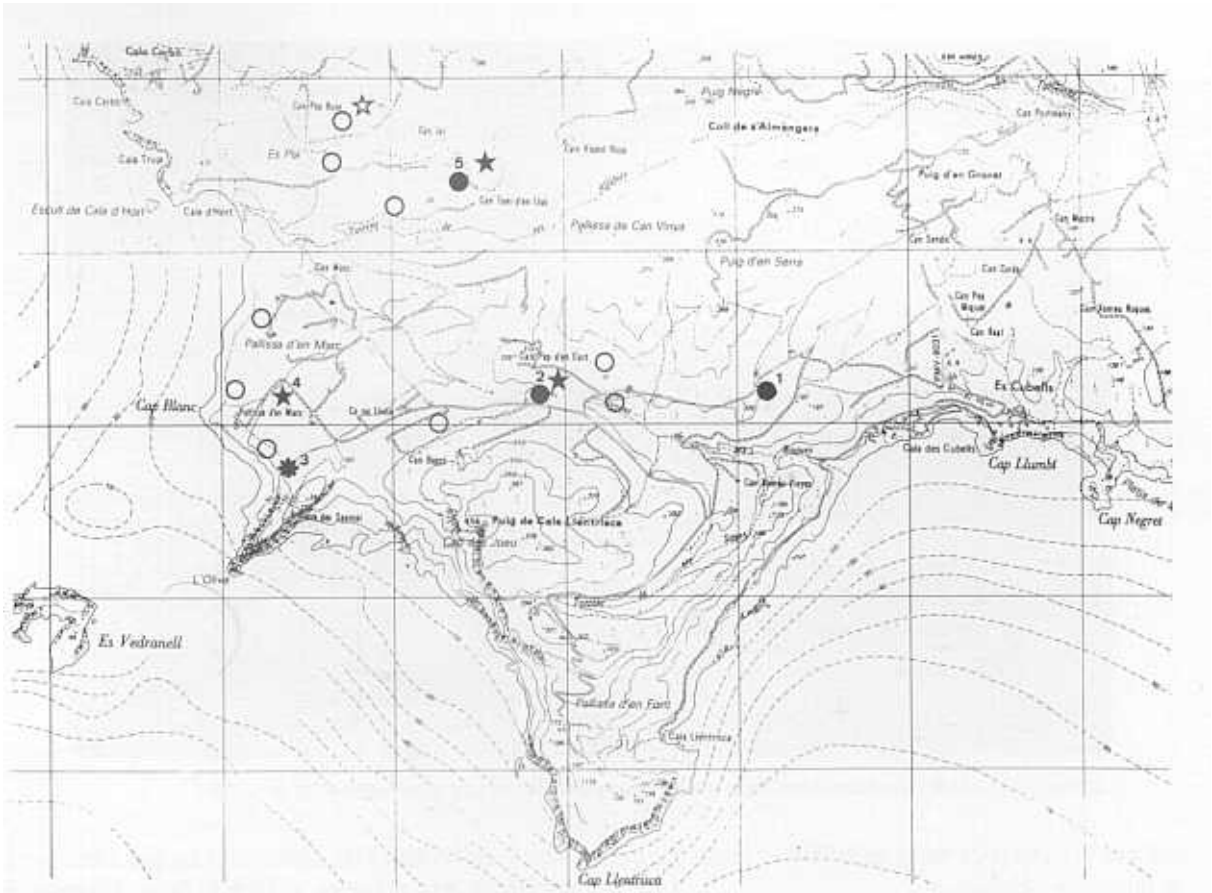
largo de cuatro fases¹. Así vemos que la zona se puebla en el s. V, con al menos tres lugares de habitación señalados por sus respectivas necrópolis, sin que exista indicio alguno sobre una presencia anterior de carácter fenicio o prehistórico. A partir del s. III y a lo largo de los s. II y I, la ocupación se intensifica, con la aparición de al menos otras dos explotaciones y una fuerte actividad que se manifiesta en la dispersión de los materiales por los campos, como las prospecciones han mostrado. Ahora el área parece más estructurada, y algún tipo de organización podría desprenderse también a través de la existencia de un posible santuario costero, s'Era d'Es Mataret, situado en un lugar emblemático que domina no sólo el mar sino toda la zona interior. La figura 3 sintetiza la situación para este periodo, y ofrece realmente la imagen de una zona rural fuertemente antropizada.

Los dos siglos siguientes (I-II d.C.) están bien documentados, pues muchas de las estructuras que han pervivido corresponden a esta época, pero a finales del s. I d.C. se producen cambios sustanciales: se abandonaron varios asentamientos, apenas si hay material superficial, el santuario no parece estar en activo y no conocemos necrópolis alguna.

A partir del s. III d.C., finalmente, sólo permanece un lugar de hábitat, Can Sorà (Lám. II), precisamente el más antiguo. Durará, con algunas interrupciones, hasta el s. VII, y tras su abandono definitivo la zona parece quedar deshabitada prácticamente



Lámina I.- Vista del área de Cala d'Hort desde el sur.



● - GRANJA ★ - NECRÓPOLIS ✱ - SANTUARIO ☆ - POSIBLE UBICACIÓN DE GRANJA ○ - CONCENTRACIÓN DE CERÁMICA

Fig. 3.- El área de Es Cubells-Cala d'Hort, en los s. III-I a.C. 1. Can Corda. 2. Can Curt (Coll de Cala d'Hort). 3. Can Roques (situación hipotética). 4. S'Era d'es Mataret. 5. Can Sorà.



Lámina II.- Vista del yacimiento de Can Sorà, con el islote de Es Vedrà al fondo.



Lámina III.- El coll de Cala d'Hort, visto desde el sur. El yacimiento de Can Curt se encuentra al pie de la colina.

hasta el s. XIV, pues no se ha hallado indicio alguno de presencia islámica.

Lo que hemos denominado hasta ahora asentamientos pueden considerarse en realidad explotaciones agrícolas individualizables, granjas de hasta 1000 m² que presentan una planta cuadrangular, con habitaciones rectangulares articuladas en torno a un patio, y dotadas de almazaras. Son estructuras en general bien construidas, y algunas dependencias están cuidadas, con revestimientos en las paredes de cierta calidad. Se sitúan normalmente en terrenos poco aptos para el cultivo, o al menos los menos aptos, en los arranques de las laderas, o en suaves colinas junto al piedemonte (Lám. III). Desde allí se controlan y se explotan las plataformas contiguas, que ofrecen la mejor tierra: arcilla, arena y limo, con carbonatos. El cultivo de cereales y sobre todo del olivo, aunque no podamos fechar claramente sus inicios, parecen ser las actividades predominantes. Los estudios faunísticos han sido decepcionantes, pues si en Can Sorà sólo se encuentran escasos équidos, el relleno de la cisterna de Can Corda muestra un predominio de ovicápridos jóvenes, pero aquí la cronología parece muy posterior al abandono. Digamos por fin que algunas muestras polínicas no han dado los resultados esperados, y que se están realizando otras nuevas.

El conocimiento de la implantación de las granjas y sus estructuras funerarias anexas ha suge-

rido la posibilidad de reconstituir lo que debía ser la extensión de las fincas, partiendo de la hipótesis de una cierta igualdad entre éstas, dada también la semejanza entre las habitaciones. Recurriendo al paisaje, a la orografía de la zona, se han delimitado hasta cinco extensiones de entre 100 y 150 ha, incluidos los pie de monte, y exceptuando el área más montañosa del sur, el Puig de Cala Llentrisça. Se trataría de propiedades ciertamente extensas, si pudiéramos confirmarlo, pero no va en contra de la idea de unos amplios campos de olivos, explotados a través de al menos tres almazaras situadas a 1,5 km una de otra (Lám. IV y V). Si añadimos aquí el factor social que nos sugieren las tumbas, el cuadro resultante es coherente. En efecto, las pequeñas necrópolis que conocemos junto a las casas, especialmente en los casos de Can Sorà o Can Curt, están compuestas por hipogeos relativamente cuidados, semejantes a los del cementerio urbano del Puig des Molins, así como por fosas, y sus ajuares incluyen no sólo el habitual repertorio cerámico púnico, en número elevado, sino también importaciones áticas y escarabeos, por ejemplo (Fernández y Padró 1982: 175-190; Gómez Bellard 1986). Es cierto que faltan o escasean en general las terracotas (aunque las hay en las casas, véase Gómez Bellard 1995), así como las joyas de calidad, al menos en esta zona de Ibiza, pero de una manera global cabe pensar que la gente que allí se entierra —que no es toda, ni mucho menos— pertenece a una



Lámina IV.- Yacimiento de Can Corda (Es Cubells): el departamento G.

categoría social media/alta, si la comparamos con lo que sabemos de los habitantes de la ciudad (Fernández 1993). Esta situación cambió durante el proceso de romanización, y la ausencia de tumbas de esa época puede relacionarse tal vez con un absentismo del grupo dirigente o propietario.

En resumen, la imagen que se desprende y que aquí sólo esbozamos, insistimos en ello, es la de un territorio con una configuración que permite la explotación de las mejores tierras desde el s. V a.C., en consonancia con lo que pensamos que ocurre en otros lugares de la isla, y con una presencia humana permanente, suficiente pero no excesiva, que garantiza a lo largo de más de 600 años una continuidad en el aprovechamiento de esta pequeña parcela del territorio ebusitano.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

Releyendo las páginas que anteceden, a la hora de recapitular, podría desprenderse una impresión de cierto pesimismo, de que el balance de los últimos diez o quince años no es positivo. Y sin embargo no pensamos así. Es cierto que todavía estamos lejos de poder escribir una Historia de la Agricultura o una Arqueología agraria fenicio-púnica. Pero también es cierto que se han producido una serie de modificaciones en las actitudes ante el estudio del mun-

do rural que auguran buenas posibilidades de futuro. Recordemos a tal efecto las dificultades que la arqueología de Grecia ha tenido que vencer para que el espacio rural no fuera patrimonio exclusivo de los prehistoriadores. Incluso los títulos de algunos libros relevantes en este tema hacen referencia a ello, como los de Osborne (1987) o van Andels y Runnels (1987). El propio A. Snodgrass ha dedicado mucho tiempo a esa labor de convencer a sus colegas de la necesidad de salir de la ciudad, de la polis, y estudiar los campos y las montañas (Snodgrass 1987). Es algo hoy asumido, y tal como comentábamos al principio, los resultados de una gran variedad de proyectos han arrojado una extraordinaria cantidad de información. El nivel de conocimientos, la profundidad de las discusiones eran impensables hace unos años, y nos pueden parecer difícil de alcanzar (Wells 1992). Pero además de disponer de una gran variedad de fuentes escritas de las que carecemos (para siempre, probablemente) en los estudios fenicio-púnicos, la Arqueología de Grecia ha cambiado sustancialmente a través del trabajo de campo, de las prospecciones y los *surveys* básicamente. Y allí es donde posiblemente tengamos nuestro mayor escollo. Los principales centros o entidades científicas impulsores de nuestra investigación han primado siempre los trabajos de ámbito urbano, del gran yacimiento, o como mucho los referidos a categorías de materiales específicos. La labor puntual de algunos investigadores, a través de



Lámina V.- Can Corda: cubeta de recogida del aceite, en la almazara.

los proyectos a los que hemos hecho referencia a lo largo de este trabajo, no ha permitido suplir esa deficiencia. Y hora es de retomar el ejemplo de la arqueología clásica, y tratar de convencernos de que la civilización fenicio-púnica es también rural, de que mientras pensamos en ello nuestros paisajes arqueológicos (y los otros) se van degradando más y más. *“Le paysage archéologique est, pour une large part, une création de l’archéologue”* escribió C. Bertrand (1978: 133; citado en Guilaine 1991: 24). Actuemos antes de que tengamos que inventárnoslo del todo.

NOTA

¹ Diferentes instituciones y personas han hecho posible la realización de estas investigaciones. La Conselleria de Cultura i Educació del Govern Balear subvencionó las excavaciones de Can Corda en 1986

y 1987. La campaña de 1988 pudo llevarse a cabo gracias al generoso mecenazgo de amigos que prefieren seguir en el anonimato. Tras la suspensión de las actividades arqueológicas en Baleares, tuvimos la suerte de contar con el apoyo del Pr. Miquel Barceló (Universitat Autònoma de Barcelona), quien incluyó nuestro proyecto en su investigación sobre los regadíos andalusíes y sus antecedentes en Ibiza, que todavía prosigue. Las labores de campo de 1992 fueron realizadas en co-dirección con Pepa Gasull (Universitat Autònoma de Barcelona), con cuya experiencia se vieron enriquecidas. En 1994 y 1995 pudimos ampliar nuestras perspectivas gracias a una subvención de la Universidad de Valencia, que permitió la realización del estudio geomorfológico y de usos del suelo, a cargo de Pilar Carmoña y Joseba Rodríguez (Universidad de Valencia), así como una amplia encuesta etnológica de la zona estudiada, llevada a cabo por Vicent Mari Costa. El número de personas involucradas en el proyecto es demasiado grande como para citarlas a todas aquí, pero lo haremos *in extenso* en la monografía que sobre Es Cubells-Cala d’Hort se está elaborando. Queremos expresar sin embargo a Jorge H. Fernández, Director del Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera, nuestro sincero agradecimiento por su apoyo y comprensión a lo largo de estos años.

BIBLIOGRAFÍA

- AUBET, M.^aE. (1993): Proyecto Cerro del Villar, Guadalhorce (Málaga): el asentamiento fenicio y su interacción con el hinterland. *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía 1985-1992*, Huelva: 471-479.
- AUBET, M.^aE. (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona (2^a ed.).
- BARRECA, F. (1966): L'esplorazione topografica della regione sulcitana. *Monte Sirai III* (= Studi Semitici, 20), Roma: 133-170.
- BERTRAND, C. (1978): L'archéologie du paysage dans la perspective de l'écologie historique. *Caesariodorum*, 13: 132-138.
- BONDI, S. F. (1972): I Libifenici nell'ordinamento cartaginese. *Rendiconti Acc. Naz. dei Lincei*, serie 8, 26: 653-661.
- BONDI, S. F. (1983): L'espansione fenicia in Italia. *Fenici e Arabi nel Mediterraneo*, Roma: 63-95.
- BONNANO, A. (1977a): L'habitat maltese in età romana. *Kokalos*, 22-23: 385-395.
- BONNANO, A. (1977b): Distribution of villas and some aspects of the Maltese economy in the Roman period. *Journal of the Faculty of Arts*, VI-4, Malta: 73-81.
- CARRILERO MILLÁN, M.; LÓPEZ CASTRO, J. L. (1994): Ciavieja: un asentamiento de época púnica en el Poniente almeriense. *El mundo púnico. Historia, Sociedad y Cultura* (A. González Blanco, J. L. Cunchillos y M. Molinos, coord.), Biblioteca Básica Murciana, Extra 4, Murcia: 251-268.
- CECCHINI, S. M. (1987): Problèmes et aspects de l'agriculture carthaginoise. *III^e Colloque sur l'histoire et l'Archéologie de l'Afrique du Nord*, Paris: 107-117.
- COSTA, A. (1980): Santu Teru-Monte Luna (Campagne di scavo 1977-79). *Rivista di Studi Fenici*, VIII-2: 265-270.
- COSTA, A. (1983): Monte Luna: una necropoli púnica di età ellenistica. *Atti I^o CISFP*, III: 741-749.
- CHARLES-PICARD, G. Y C. (1982): *La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal, (III^e s. av.J.C.)*. Paris (2^a ed.).
- DEBERGH, J. (1983): L'occident phénicien et punique a-t-il connu une forme de communauté rurale? "Les communautés rurales" (Varsovia, 1976) Recueil de la Société Jean Bodin. Paris: 391-402.
- DEVILLERS, O.; KRINGS, V. (c.p.): Autour de l'agronome Magon. *L'Africa Romana*, XI, Sassari.
- DYSON, S. L.; ROWLAND, R. J. (1991): Continuity and Change in Roman Rural Sardinia: the Maryland-Wesleyan Survey. *Arte Militare e Architettura Nuragica* (B. Santillo, ed.). Estocolmo: 53-63.
- FALSONE, G. (1995): Sicilia. *La civilisation phénicienne et punique* (V. Krings, ed.), Manuel de recherche, Leiden: 674-697.
- FANTAR, M. H. (1993): *Carthage. Approche d'une civilisation*, 2 vol. Túnez.
- FERCHIOU, N. (1987): Le paysage funéraire pré-romain dans deux régions céréalières de Tunisie Antique: Les tombeaux monumentaux. *Ant. Afr.*, 23: 13-70.
- FERCHIOU, N. (1994): Le paysage protohistorique et pré-impérial à l'est et au sud du Zaghuan (Tunisie). *Ant. Afr.*, 30: 7-55.
- FERNÁNDEZ, J. H. (1993): *Excavaciones en la necrópolis del Puig des Molins (Eivissa). Las campañas de Carlos Román Ferrer, 1921-1929*. Trabajos del M.A.I., 28-29, Ibiza.
- FERNÁNDEZ, J. H.; PADRÓ, J. (1982): *Escarabeos del Museo Arqueológico de Ibiza*. T.M.A.I., 7, Madrid.
- GIBSON, S.; EDELSTEIN, G. (1985): Investigating Jerusalem's Rural Landscape. *Levant*, XVII: 139-155.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1986): Asentamientos rurales en la Ibiza púnica. *Los fenicios en la Península Ibérica* (G. del Olmo y M.^aE. Aubet, ed.), Sabadell, vol. I: 177-192.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1995): Un vertedero púnico rural en Ibiza: S'Olivar d'es Mallorquí. *Saguntum*, 28: 151-165.
- GÓMEZ BELLARD, C. (c.p.): Avance del estudio de un paisaje rural púnico y romano: Es Cubells/Cala d'Hort (Ibiza). *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz, 1995)
- GONZÁLEZ RODRIGUEZ, R. (1987): Excavaciones de urgencia en el Cerro Naranja (Jerez de la Frontera, Cádiz). 1985. *Anuario de Arqueología de Andalucía*, 3: 90-96.
- GSELL, S. (1920): *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*, T. IV. Paris.
- GUILAINE, J. (dir.) (1991): *Pour une Archéologie agraire*. Paris.
- HEURGON, J. (1976): L'agronome carthaginois Magon et ses traducteurs en latin et en grec. *CRAI*: 441-456.
- HITCHNER, B. (1988): The Kasserine Archaeological Survey, 1982-1986. *Ant. Afr.*, 24: 7-41.
- HOPKINS, D. C. (1985): *The Highlands of Canaan. Agricultural Life in the Early Iron Age*. The Social World of Biblical Antiquity Series, 3, Sheffield.
- ISSERLIN, B. J. (1983): Phoenician and Punic Rural Settlement and Agriculture. *Atti I^o C.I.S.F.P.*, Roma: 157-163.

- LANCEL, S. (1992): *Carthage*. Paris.
- MARTIN, R. (1971): *Recherches sur les agronomes latins et leurs conceptions économiques et sociales*. Paris.
- MOSCATI, S. (1972): *I Fenici e Cartagine*. Turin.
- MOSCATI, S. (1986): *Italia Punica*. Milán.
- ØRSTED, P.; LADJIMI, L. (1992): Town and Countryside in Roman Tunisia: a preliminary report on the Tuniso-Danish survey project in the Oued R'mel basin in and around Segermes. *Journal of Roman Archaeology*, 5: 69-96.
- OSBORNE, R. (1987): *Classical Landscapes with figures: the ancient Greek city and its countryside*. Londres.
- RAMÓN, J. (1984): *L'assentament rural púnico-romà de Ses Païsses de Cala d'Hort (Can Sorà) a Sant Josep (Eivissa)*. Consell Insular, Ibiza.
- ROSELLÓ, E.; MORALES, A. (ed.) (1994): *Castillo de Doña Blanca: Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cadiz, Spain (750-500 B.C.)*. B.A.R., 593, Oxford.
- ROWLAND, R. J. (1982): Beyond the Frontier in Punic Sardinia. *American Journal of Ancient History*, 7: 20-39.
- ROWLAND, R. J. (1992): Carthaginians in the Countryside? Sardinia in the Mediterranean: A Footprint in the Sea. *Studies in Sardinian Archaeology presented to Miriam S. Balmouth* (R. H. Tykot y T. K. Andrews, ed.), Sheffield: 474-483.
- SNODGRASS, A. (1987): *An Archaeology of Greece: the present state and future scope of a discipline*. Berkeley.
- TORRE, G.; STIGLITZ, A. (1987a): Gli insediamenti fenicio-punici nel Sinis settentrionale e nelle zone contermini (ricerche archeologiche 1979-1981). *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Province di Cagliari e Oristano*, 4 (1): 161-174.
- TORRE, G.; STIGLITZ, A. (1987b): Ricerche archeologiche nel Sinis e nell'Alto Oristanese (continuità e trasformazione nell'Evo Antico). *L'Africa Romana*, IV: 633-658.
- TORRE, G.; STIGLITZ, A. (1994): Urbanizzazione e territorio: considerazioni sulla colonizzazione fenicio-punica in Sardegna. *L'Africa Romana*, X: 779-808.
- VAN ANDEL, T. H.; RUNNELS, C. (1987): *Beyond the Acropolis. A Rural Greek Past*. Stanford.
- VIDAL GONZÁLEZ, P. (1995): *La isla de Malta en época fenicia y púnica*. Tesis Doctoral inédita, Universidad de Valencia.
- WELLS, B. (ed.) (1992): *Agriculture in Ancient Greece*. Acta Instituti Atheniensis Regni Sueciae, in 4º, XLII, Estocolmo.